

HOMILÍA

Domingo de Pascua de Resurrección

Jn 20, 1-9

a. Contexto

¡Aleluya, hermanos! La alegría que nos inunda este día tiende a irradiarse a todo y a todos, porque Cristo triunfa de la muerte: ha nacido a una Vida Nueva en su Humanidad Glorificada, por la fuerza de Dios.

Éste es el motivo de la alegría y de la caridad de los primeros grupos cristianos, que en el N.T. se hacen eco de que Cristo es Resucitado por el Padre, para traernos la esperanza y librarnos del mal (1Tes 1, 10).

En ninguna otra sección de la Biblia como en esta perícopa se cumple más plenamente el principio de exégesis (¡y de sentido común!) de que la Sagrada Escritura es Palabra de Dios y a la vez, palabra del hombre.

En torno a la Resurrección los evangelistas no siguen una misma secuencia de hechos, como sucede en la Pasión y Muerte, si bien todos coinciden en que se dan encuentros reales con el Señor Resucitado.

Existe en los discípulos una experiencia de revelación, y a la vez una conversión a Cristo en esta nueva etapa. En este contexto, las coincidencias de Juan con los sinópticos giran alrededor del papel de las mujeres.

Sólo destaca Magdalena -según Juan- en estas apariciones, y en la tumba vacía. En cambio, compañeros de fe, el cuarto evangelio confiere una honda unidad a estos temas.

Los aspectos de la Pasión, Muerte y Resurrección guardan en Juan una honda relación, mucho más que en los sinópticos: se trata, sin duda, de un único acontecimiento.

Ya veíamos anoche el significado del término *resurrección*, que no es sinónimo de un puro hecho anecdótico salvador en el plan de Dios, sino una situación nueva, real de la Humanidad de Cristo, glorificada.

En el Evangelio de Juan ya ha llegado la hora de la glorificación total del Padre, por la acción del Hijo, que queda glorificado en su Resurrección, es decir, su Humanidad es elevada por Dios a Creatura Nueva.

Ello significa el inicio de una nueva forma de ser Hombre (Cristo), y de que todos los hombres "vivan", al estilo de Dios, en el amor de entrega (por la muerte gloriosa de Cristo - Jn 12-).

La gloria del Padre, por tanto, se ve en la existencia de Jesús, especialmente en la existencia del Resucitado. De todo esto se deduce en las tradiciones la identidad entre el Jesús histórico y el Cristo Resucitado.

Con todo, Juan refuerza este aspecto particularmente, por lo que insiste en el carácter histórico de Jesús, de ese Jesús que es glorificado en la Resurrección, donde brilla su Divinidad.

Todo ello cuida especialmente el riesgo de caer en cualquier *gnosticismo* de los que acechaban alrededor de la comunidad cristiana del discípulo amado. En este sentido, véase la insistencia en la lanza o en los clavos (Jn 20, 25).

b. Texto

En el pasaje que hoy nos ocupa, Juan habla particularmente de diversos aspectos que fortalecen la fe de los discípulos. Así se ven los rumores de que ha sido robado el Cuerpo de Cristo en el sepulcro.

O bien el infundio de que la fe de los creyentes era un caso de pura alucinación colectiva. Por eso precisamente Juan insiste en la identidad entre Jesús de Nazaret y el Resucitado.

Así, asistimos al dolor que invade a Magdalena por la ausencia de Jesús (Jn 20, 11), o al miedo que sienten los discípulos en su desaparición (Jn 20, 19), o a la incredulidad de Tomás (Jn 20, 25).

Todos estos casos culminan con una experiencia real de Cristo, y una confesión de fe (Jn 20, 8.18.28, etc.). El primero de éstos nos sitúa ante la visita a la tumba de las mujeres y del discípulo amado (Lc 24, 11-12).

En los primeros estadios de la Iglesia, la fe en la Resurrección se basa en el ángel (Mc 16, 1-8). Sólo más tarde van surgiendo problemas que hacen a las comunidades cristianas hablar de la tumba vacía.

En esta tumba vacía se colocan las vendas y el sudario, como comprobación no de un robo del Cuerpo, sino de su Resurrección. Para Juan, el sepulcro vacío hace ver que Cristo no es prisionero de la muerte.

Al comenzar un nuevo día, la creación de la humanidad queda terminada, se inicia una nueva etapa en el mundo, la historia se recrea en Cristo. María Magdalena es la primera en experimentarlo.

Su grata sorpresa la lleva a Pedro y a dos discípulos, y al discípulo amado. Se trata de que comunidades de niveles y ritmos distintos, a pesar de sus diferencias, están unidas en la fe en Cristo Resucitado.

La razón es que todos ellos son amigos de Jesús (Cristo Resucitado), como dice Juan (Jn 15, 14). Con todo, la fe del discípulo amado es un ejemplo, porque cree sin ver (Jn 20, 29).

Con ello manifiesta esta comunidad allá por los años 80 o 90 una cristología más desarrollada que la de otros grupos cristianos. Esta fe recorrerá un camino, no será automática.

No lo será, porque antes de llegar al sepulcro no habían creído (vs.8-9). La fe, que se hace experiencia de Cristo Resucitado, encierra dos aspectos: previo y definitivo.

El primero se define por la ausencia de Cristo en el sepulcro: Cristo no está entre los muertos, quiere esto decir. Luego, la experiencia de Cristo hace ver que, aunque haya un cadáver, Cristo está en los vivos.

Este segundo aspecto pertenece a la fe, desde luego. Se hace evidente que es difícil encontrar la vida en la muerte. Es que la muerte física no impide la vida, y una vida de índole superior, para colmo, una Nueva Vida.

Eso resulta difícil de comprender incluso para aquellos primeros discípulos...

c. Para la vida

¡Señor, haznos asumir que Tú eres la Vida! El camino de la fe es igual y a la vez distinto para cada uno. El del discípulo amado es otro que el de Juan, o el de Tomás, o el de María Magdalena.

Personalizar la fe, dentro de la misma comunidad de creyentes en Cristo pertenece al abecedario del cristianismo. ¿Quién nos habrá enseñado a uniformar, a exigir a todos el mismo ritmo...? O, lo que es peor: ¿quién nos habrá enseñado a suponer, dar por supuesto que todos van al mismo trote, y que no hay lugar para las dudas y zozobras?

Yo quiero, Cristo Resucitado, amar a mis hermanos respetando su ritmo, alegrándome de sus pasos, y sentándome junto a ellos en el camino del cansancio, aunque yo, en ese momento guarde energías para correr.

No voy a engañar a nadie con falsas empatías, pero sí estoy llamado, amigas y amigos, a acompañar. ¿Y, si otro día me encuentro en la noche oscura del alma, quién se me hará el enconradizo?

Ojalá no me sienta marginado porque no voy al paso que me marcan los otros. Comento estas cosas, porque suelen ocurrir entre los creyentes. Y ocurren por cuestiones que son menos importantes que el núcleo de la fe.

A veces divergencias de métodos, de gustos, de ritmos de trabajo hacen que muchos queden atrás, sin que nadie les eche una mano. ¡Señor, ¿cuándo te vas a alegrar al caminar por la vida juntos?!

Tú dirás que esa pregunta nos la haces Tú a nosotros. ¡Es verdad, pero yo quiero creer que Tú tienes algo que ver en la respuesta! Tú sabrás, Jesús. Hoy estoy contento porque has vencido a la muerte.

Sí, has vencido nuestra indolencia, que eso sí que tiene mérito... (¡otra vez se me coló la manía de siempre..., la del dichoso mérito...!): es que no doy para más, ¿sabes?

Bueno, pero estoy contento, Jesús: enhorabuena por lo de tu Resurrección, que a mí también me toca algo, ¿no?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

antonio.rodriquezderojas@salesianos.edu